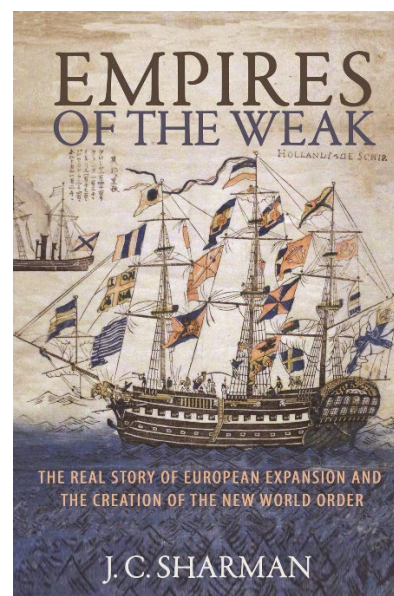


Jason C. SHARMAN: *Empires of the Weak: The Real Story of European Expansion and the Creation of the New World Order*, Princeton, Princeton University Press, 2019, 196 pp.
ISBN 978-0-691-18279-7.

David A. Abián Cubillo
Universidad de Cantabria¹

Una visión global sobre la Revolución Militar

El libro de Jason C. Sharman, *Empires of the Weak*, tiene como objetivo principal replantear la teoría de la Revolución Militar durante el periodo moderno (1500-1800). Para ello, realiza a lo largo de tres capítulos un estudio comparativo de la Revolución Militar de Europa con los casos de América y Asia. Concretamente, se centra en desterrar la teoría de Revolución Militar tal como se planteó por Roberts y reformuló de Parker en la década de 1970. Quizá uno de los mayores problemas es que el autor se basa en la definición dada por Parker en “The ‘Military Revolution, 1560–1660’”, artículo publicado en 1976 y en el libro *The Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West, 1500–1800*, publicado en 1988. Pero lo cierto es que varios de los aspectos que señala son matizados por el propio Parker en varios capítulos de la obra editada por él en 2010, *Historia de la Guerra*.



La concepción de la Teoría de Revolución Militar que emplea Sharman se centra en unas premisas un tanto reduccionistas. La primera es que la Revolución Militar se basaba principalmente en un tipo de táctica y en la superioridad tecnológica, algo no defendido por Parker y que sin embargo el autor emplea como eje comparativo para realizar sus críticas al modelo. Además, plantea que la Revolución Militar permitió desde los inicios de la Edad Moderna una superioridad militar, pero realmente la teoría ha sido definida en las últimas décadas como un proceso largo de cambio durante este periodo moderno en el que concurrieron diversos factores, que permitió que desde finales del XVIII los europeos contasen con una maquinaria bélica superior al resto del mundo.

Uno de los puntos más críticos de Sharman es el eurocentrismo que subyace bajo la teoría de Revolución Militar, señalando que se deberían revisar varios conceptos

¹ Esta reseña es parte del proyecto de I+D+i PGC2018-093841-B-C32, financiado por MCIN/AEI/10.13039/501100011033/FEDER “Una manera de hacer Europa”.

ligados a esta, como éxito/eficiencia, expansión/dominación, éxito/homogeneidad o competencia/aprendizaje. Particularmente, considera que el principal problema de la teoría se encuentra en el paradigma darwiniano de difusión del aprendizaje organizativo, por el cual se aplicaría a la historia un modelo «lineal» y simplista sobre las interacciones humanas, esto es, casi un «evolucionismo social».

Para evitar todas estas problemáticas, el autor pretende superar la teoría de la Revolución Militar para dar más importancia a los factores culturales. Para este cometido defiende que los historiadores deberían fomentar la interdisciplinariedad con otras ramas de las ciencias sociales. Además, plantea situar cada entidad política en su contexto sociohistórico en lugar de medirlo todo en función de los cambios acaecidos en Europa, como si este fuese el camino teleológico que seguir. De hecho, a mi parecer, este es uno de los puntos fuertes del libro, convertir a las diversas entidades políticas de Asia y África en «protagonistas» y no sujetos pasivos.

El primer capítulo lo dedica a los imperios ibéricos, hispano y luso. Para indagar si se cumple la Revolución Militar en la conquista de América y África hace una comparativa al inicio del capítulo con la batalla de Breitenfeld (1631), empleada por Parker y Tilly para ejemplificar los cambios en Europa. El autor llega a la conclusión que, dado que en la conquista de América no se emplearon soldados profesionales, ni la misma táctica que en Breitenfeld, ni las armas de fuego fueron dominantes y tampoco concurren grandes ejércitos, se podría desmitificar la teoría de la Revolución Militar. Esta analogía es totalmente inviable, ya que cae en el anacronismo y obvia el ejercicio de contextualización que el autor reivindicaba al comienzo del libro, además de plantear mal la teoría de Revolución Militar. De hecho, el propio autor se contradice al señalar la importancia del acero frente a la pólvora como crítica al principio de ventaja tecnológica, obviando que en América no había acero, y que por tanto tal ventaja existía. Lo que, añadido a la caballería, a los refuerzos logísticos intercontinentales y al uso de las divisiones internas entre indígenas parece reforzar la teoría de Parker, en lugar de atacarla. Sharman prosigue con los Mapuches como ejemplo para reforzar su teoría. Señala que este pueblo a comienzos del siglo XIX empleaba arcos y no contaban con un estado centralizado y, aun así, no fueron conquistados. A la par, también menciona su rápida adaptación a las tácticas europeas, con la incorporación de caballos y armas de fuego en apenas unas décadas, lo que el autor considera central para su supervivencia. Por lo tanto, el autor confunde la pervivencia de arcos con que no estuvieran empleando otros armamentos, ni tampoco un estado centralizado.

Para abordar el caso portugués se centra en sus avances en África. Aquí plantea de forma interesante cómo la diplomacia y la superioridad naval eran los factores determinantes. Además, destaca el protagonismo de las diversas entidades políticas con sus propios intereses, que muchas veces no se confrontaban con los de Portugal, facilitando esto y no la superioridad militar, los asentamientos lusos.

Quizá la problemática del capítulo vuelve a ser poner los avances técnicos y tácticos como lo esencial de la Revolución Militar, e intentar aplicar estos parámetros para el caso. De hecho, algunos ejemplos que emplea, como el asedio de Mombasa (1696-8), parecen reforzar más la teoría de Parker que desacreditarla. En este caso, Sharman señala que según la Revolución Militar las trazas italianas debían estar mantenidas por muchos soldados, mientras que el fuerte de Jesús (Mombasa) apenas tenía unos pocos soldados. Realmente, la historiografía nunca ha defendido que las fortalezas debían tener un número alto de soldados, sino que unos pocos podían resistir a varios. Lo que sí apunta Parker es que, al crearse redes de fortalezas, se destinaban muchos soldados para guarnecerlas. En el caso del fuerte Jesús, de tamaño reducido, apenas unas decenas de soldados portugueses y soldados locales resistieron un asedio de casi dos años contra un ejército muy superior en número. Por lo tanto, no sería uno de los mejores ejemplos para criticar a Parker.

En el segundo capítulo Sharman se centra en hacer una comparativa de la expansión holandesa y británica, principalmente, en Asia. En este capítulo se reflejan mucho mejor los diversos sujetos asiáticos como protagonistas y se replantea de forma más directa el tradicional razonamiento teleológico del éxito europeo como algo inevitable. Además, hace una reflexión acertada sobre cómo la transferencia de conocimiento de europeos hacia asiáticos es vista como un acto de superioridad de uno sobre otro, pero cuando se sitúa a las potencias europeas como receptores de nuevas ideas o tecnologías, se describe como algo positivo, abiertos a la innovación o adaptación. Otra de las ideas más interesantes en este capítulo es situar los intereses de las potencias asiáticas en no contradicción con los intereses europeos, siendo esto central para poder asentarse y no su fuerza militar.

El autor consideraba que los ejércitos asiáticos manejaban una tecnología similar a la europea, tenían ejércitos numerosos y conocían tácticas similares, algo cierto y que también ha sido señalado por Parker en su obra de 2010. Para reforzar su teoría, hace una analogía sobre el número de tropas a finales del XVII entre el ejército Qing, el imperio Mogol y Francia, señalando que las dos primeras tenían más, aunque es totalmente desacertado al no ser lo defendido por la teoría de la Revolución Militar. Además, obvia que la dinastía Qing tenía casi seis veces más de población que Francia en esa misma fecha.

Uno de los principales puntos que expone Sharman para rebatir la Revolución Militar en este capítulo es que la expansión europea en Asia se hizo a través de las compañías mercantiles, no por los propios estados. Estas, en un primer momento, basaron su expansión por la vía diplomática, amparándose en que la propia “concepción” de imperio/soberanía de los Mogoles y otras entidades políticas, permitía el asentamiento y comercio de estas, al no considerarlas como una violación de su soberanía y atenerse a su normativa. Realmente, Parker en su obra de 2010 ya apuntaba algo parecido, al

señalar que el concepto de soberanía de las potencias occidentales era distinto, basado en la dominación física, siendo uno de los factores que explicarían a posteriori la superioridad europea.

Sharman defiende que dado que la expansión la hicieron las compañías comerciales (holandesas e inglesas), que eran privadas (en parte) y no parte del estado, que basaron su expansión en la diplomacia y contrataron tropas locales en más número que tropas europeas, la teoría de la Revolución Militar estaría totalmente desacreditada. Además, al igual que señaló con los portugueses, considera que el éxito de estas se debía más a su superioridad marítima que terrestre. A pesar de que las compañías de las indias orientales eran de carácter privado, lo cierto es que siempre tuvieron una gran relación con los diversos gobiernos, siendo fundados o promovidos por estos, y poniendo a su disposición las armadas para promover sus intereses. No se debe confundir un estado centralizado, con un estado, como señaló Wallerstein, con menos competencias, pero capaz de movilizar más recursos. Además, el empleo de empresas privadas no es una anomalía dentro del mundo militar, ya que en Europa buena parte de las guerras del siglo XVI y XVII se hacía a través de los «empresarios de la guerra» y sus compañías de mercenarios, algo que se señala en la teoría de la Revolución Militar. Por último, no parece justo obviar la superioridad marítima de los europeos, puesto que era un avance «técnico», permitía una mejor logística a estos territorios de Asia y se necesitaba una gran cantidad de recursos para ponerlo en funcionamiento. Por lo tanto, podría señalarse que entraría dentro de los parámetros de la Revolución Militar.

Una de las ideas más interesantes planteadas por Sharman es replantear el valor de la capacidad de endeudarse. La capacidad de las potencias europeas de financiar las guerras a través del endeudamiento, una de las bases sostenidas por la Revolución Militar, podría considerarse una «debilidad» si se compara con la dinastía Qing o el imperio Mogol, ya que estos contaron con ejércitos numerosos y burocracias extensas y nunca tuvieron que recurrir a deudas para conseguir sus fines. El problema es que el autor apenas dedica unas líneas y no ahonda más en ella.

Por último, Sharman señala que el definitivo éxito británico en la India se debió más a las debilidades internas del Imperio Mogol que a los factores de la Revolución Militar. Uno de los puntos más acertados del autor es no dejar solo a la Revolución Militar todo el éxito y poner el foco en los propios estados asiáticos y sus problemas internos, que, correlacionados con las potencias europeas, explicaría las causas del dominio británico en la India.

El último capítulo es el que mejor plantea los objetivos del autor, con unas comparaciones más precisas entre el modelo de Europa Occidental y Asia, al comparar al imperio Otomano con las potencias europeas, la única entidad asiática que de verdad se enfrentó a los ejércitos europeos durante la Edad Moderna.

De hecho, plantea el capítulo como la «invasión» de Europa por parte de Asia (Otomanos), con el objetivo de alterar los sujetos históricos. Para ello, con una buena base bibliográfica, se centra en las características militares otomanas, reseña que estas han tenido un éxito más prolongado, en más frentes y de una forma más flexible, que otros modelos militares, como el holandés. Además, señala como los otomanos consiguieron, a pesar de que su población (en torno a 12 millones en el 1500 y 30 en el 1680) no fue tan populosa como el Imperio Mogol o la dinastía Ming y Qing, reclutar y mantener numerosos ejércitos en el frente europeo, en el mar Mediterráneo, en Persia y en Arabia. Además, en cada una de estas fronteras la composición de las tropas y estrategias se aclimataba a las condiciones necesarias. Estos ejércitos, por lo menos en la frontera europea, solían ser «profesionales» (jenízaros), los cuales manejaban armas de fuego portátiles y de asedio desde época muy temprana, eran capaces de realizar asedios efectivos a trazas italianas y se encontraban bajo la dirección directa del Sultán. Además, Sharman resalta que la decadencia otomana no se debería al empuje de las potencias occidentales, sino a Rusia y a los problemas internos, como la delegación del reclutamiento y la recaudación fiscal en las entidades locales o el poder adquirido por los jenízaros dentro de palacio.

El ejemplo sirve a la perfección para desterrar la idea de la superioridad de la Europa cristiana desde el comienzo de la Edad Moderna y situar a otros protagonistas en el tablero histórico. Aun así, el autor no cumple con el objetivo de desterrar la teoría de la Revolución Militar, ya que las causas que permitieron el éxito de los otomanos en un comienzo son parecidas a las que defienden la teoría de la Revolución Militar, y las causas de su decadencia igual.

Las conclusiones apenas se centran en dar una mayor definición de su objetivo de situar la «visión cultural» como eje para comprender el periodo, sino en seguir ligando la Revolución Militar con la superioridad técnica y tecnológica. Por lo tanto, el libro plantea una visión sesgada de la Revolución Militar, no como un largo proceso con diferentes componentes que permitiría a las potencias europeas a finales del XVIII tener una superioridad militar que se mostraría más visible en el XIX, particularmente después de la Revolución Industrial.

El libro cumple con uno de sus cometidos principales, aunque no novedoso: dar protagonismo al resto de potencias asiáticas y africanas para el periodo moderno y replantea coherentemente la tendencia de ver una historia lineal marcada por los parámetros europeos. Es posible que hubiese sido más provechoso acotar el ámbito geográfico para este cometido, centrándose en una comparación con el imperio Mogol o el Otomano, ya que hubiera podido ahondar más y hubiera permitido explicar mejor su visión alternativa con respecto a la teoría de la Revolución Militar.

Quizá uno de los puntos que deberíamos reflexionar es nuestro concepto de eurocentrismo. Que en Europa se escriba, o se haya escrito menos, sobre otras potencias,

especialmente en los periodos precontemporáneos, no es solo eurocentrismo, sino pragmatismo, ya que es el lugar al que tradicionalmente se ha tenido acceso a archivos y bibliografía. Podría ser que pretender escribir exclusivamente sobre otras regiones, sin consultar bibliografía ni archivos locales, puede ser más eurocéntrico que lo anterior o, como Hobsbawm señaló, parafraseando a E. P. Thompson, «la gran condescendencia» hacia otras áreas geográficas.

Finalmente, Sharman subraya el sesgo ideológico de la teoría de la Revolución Militar cuando fue planteada: visión lineal, etnocentrismo, progreso continuo, etc. No debemos olvidar que el historiador escribe en un determinado contexto histórico y, por lo tanto, es imposible llegar a escribir desde una posición totalmente neutra. Esto también ocurre hoy en día. Si en los años 50-70 se escribía en un contexto de hegemonía europea/Occidental, hoy lo hacemos desde otro totalmente distinto, una época de neoliberalismo y globalización en la que ya está emergiendo un mundo con varias potencias, y que también nos influye. Por lo tanto, cuando el autor acusa a estos autores de poner punto final a la Historia, no se da cuenta que la propia frase final de su libro también lo está haciendo al señalar que «El orden internacional global multipolar se convierte en una norma histórica». Como ya señaló Jürgen Habermas en *Ciencia y técnica como ideología*, todo es ideología.